

Carlos Schwalb Tola

Una cita con X (ficción)

Tenemos una primera cita con X, pero hasta ahora no sabemos sobre qué vamos a conversar. Por momentos pensamos que lo mejor sería abordar temas de la vida cotidiana, para así distender los ánimos desde un principio y ganarnos su confianza. Los pequeños eventos y avatares que forman la trama de toda existencia nos acercan unos a otros: eliminan diferencias de edad, de cultura, de idiosincrasia, y nos sitúan en un plano en el que podemos reconocernos como semejantes. Podríamos contarle, por ejemplo, sobre alguna dolencia que nos aqueja; sobre una nueva dieta para bajar de peso o para controlar la presión arterial; o sobre nuestra desmedida afición por el café y el cigarrillo, con la esperanza de que él sufra de alguna dolencia o tenga un vicio parecido y se enganche inmediatamente en la conversación. O tal vez, para no tocar sólo notas graves, podríamos referirle alguna anécdota graciosa; una sobre nuestro abuelo, el catchascanista, por ejemplo, o sobre la insólita amistad que han desarrollado nuestra gata y una paloma. En suma, se nos ocurre que una conversación de esta naturaleza podría romper el hielo de una primera entrevista.

Pero la verdad es que aún no estamos convencidos del curso que deba tomar esta entrevista. Acaso no es mala idea hablar de asuntos de la vida diaria con un conocido o con quien tenemos la certeza de volver a ver; pero si se trata de alguien que vemos por vez primera y que quizás nunca más nos conceda el regalo de su compañía, una conversación así es una apuesta arriesgada, por decir lo menos. X podría pensar, con razón, que le damos excesiva importancia a hechos anodinos, que no son esencialmente distintos a los que experimentan millones de seres humanos a lo largo y ancho del planeta. Cómo ser tan obtusos para no ver que nuestras vicisitudes cotidianas le interesan un pepino a un extraño. Lo que seguramente ocurrirá si abordamos estos temas es que se olvidará de nosotros tan pronto como crucemos el umbral de la puerta que conduce a la calle. ¿Para qué él perdería su tiempo conversando de asuntos que puede tratar con su mucama o su sobrino? Así pues, resulta más prudente obviar lo anecdótico y personal, o usar estos temas sólo como trampolín para reflexiones de carácter trascendente, de ésas que seguramente le interesan a él. ¿Acaso espera algo menos de nosotros?

Pero hay que tener cuidado de no caer en el otro extremo y entrar de lleno en el campo de las abstracciones filosóficas, una tentación comprensible para quien planea una conversación con X. Esto sería como echar un baldazo de agua fría en el corazón de nuestra primera entrevista. Para ello mejor le llevamos un libro de regalo; uno de esos compendios del conocimiento, claros y ordenados, que no poseen la desventaja de las ambigüedades y laberintos de una conversación (pero que no tardan en ser relegados al anaquel más alto de la biblioteca el día que aparece su edición actualizada). No; un individuo es más que un compendio de conocimientos; es una criatura singular e irremplazable en el universo; esto no hay que olvidarlo. Y así como no quisiéramos que nadie ignore nuestra singularidad, tampoco sería justo ignorar la de X lle-

vando nuestra plática al campo de las abstracciones. Significaría no sólo una falta de consideración hacia él sino también una señal de miopía de nuestra parte. Por cierto, las conversaciones que giran por todo lo alto no saben discernir la riqueza de matices que vuelve único a cada individuo. Absortos en la teoría, no sabríamos distinguir, por ejemplo, el leve temblor de voz de nuestro interlocutor, el inquieto tamborileo de sus dedos sobre sus rodillas, el fruncir de sus cejas, su mirada apagada o encendida, es decir todos aquellos signos que lo definen como una criatura ambigua y abismal, muy distinta al ser que busca traducir su existencia a conceptos. Pero tampoco hay que pensar que X, ese insondable personaje, se sentirá a gusto en el cielo puro de las abstracciones. Su territorio se halla más bien en las regiones bajas, en las zonas pantanosas, donde el aire es más denso y la luz menos diáfana.

Si no vamos a hablar de nosotros y queremos evitar las abstracciones, acaso debemos elegir la opción más recurrida por muchos en situaciones semejantes —por ser la más fácil, aunque también la más desabrida—, y que consiste en llevar a nuestro interlocutor al terreno neutral de los asuntos que no nos incumben ni nos interesan profundamente, pero que nos salvan de un incómodo silencio. Podríamos hablarle del clima, por ejemplo; del tráfico endemoniado de la ciudad; del aumento de precio de las verduras; del último *rating* de la televisión. Ello tiene la ventaja, además, de que uno puede estar seguro de que no meterá la pata, de que no cometerá un desatino que acabe la entrevista de mala manera o haga sonrojar a nuestro interlocutor. Aunque, claro, también nos asegura que, al día siguiente, al encontrarnos con éste en la calle, nos salude con una discreta inclinación de cabeza o con un parco movimiento de su mano derecha, y punto. Pues de seguro no hará ningún intento de cruzar a la acera donde estamos, deseoso de darnos un apretón de manos o de estrecharnos en un fuerte abrazo, ya que lo más probable es que no le interese volver a vernos. Porque no arriesgar una

opinión propia, ni comprometerse con un punto de vista, no nos crea enemigos, pero tampoco nos hace amigos de nadie. Conversaciones neutras, exentas de aristas o discrepancias, apenas dejan huella en la memoria del otro, si acaso dejan alguna. Y si es así, ¿para qué tener una cita con X? ¿Por qué mejor no quedarse en casa leyendo el periódico, viendo la televisión, o echado en la cama pensando en las musarañas?

Otra opción sería hacerle muchas preguntas, atosigarlo literalmente con ellas; de esas preguntas que estamos seguros que le interesan a él (pero no necesariamente a nosotros), evitando así la incomodidad de colocarnos en el candelerero. Entonces, al verlo entusiasmado con las cuestiones que le planteamos, nuestra labor se limitará a alimentar su monólogo con nuevas preguntas, como quien echa leña al fuego o huesos a un perro famélico. Pero si es así, si vemos que nuestro interlocutor se engolosina con sus propias disquisiciones y se pierde en los laberintos creados por su fantasía, ¿tendremos deseos de volver a verlo? ¿Tendremos interés en cultivar la amistad de semejante egomaniaco? La verdad es que no acudimos a esta cita sólo para conocer a X, sino también para que él nos conozca. Esto no lo podemos negar, por más que desde un principio nos juzguemos con modestia y digamos que no venimos a hablar de nuestras fútiles preocupaciones sino que deseamos escucharlo a él, sólo a él. Así es la naturaleza humana. Cualquiera persona, por más modesta que sea o se pinte a sí misma, quiere que se le tome en cuenta, que se le preste oídos, aunque reconozca que es menos brillante o culta que su interlocutor. Nosotros al menos estamos convencidos de que si X no nos devuelve un mínimo del interés que pensamos mostrarle, no queremos volver a verlo.

A lo mejor resulta menos complicado guardar simplemente silencio. Un silencio cerrado e inexpugnable, como un recinto fortificado que traslade a nuestro interlocutor la responsabilidad de una entrevista memorable. Pues, en definitiva, ¿no es él quien debe col-

mar las expectativas que su solo nombre suscita? Un mutismo absoluto de nuestra parte tendría además la ventaja de invertir la figura y hacernos aparecer tan insondables como es X. Entonces él sufriría en carne propia todas las suspicacias y temores que experimentan quienes se hallan ante su presencia. No sabría si nuestro hermetismo significa una tácita desaprobación de sus ideas, o si sus argumentos se han tornado demasiado obvios o demasiado oscuros para nuestro entendimiento, o si sencillamente nos aburrimos a chorros con su perorata. ¡Qué tortura para él entonces! Para liberarse de su desconcierto seguramente ensayará diversas piruetas mentales, como un Houdini que desea liberarse de sus ataduras: complicadas conjeturas, contradictorias proposiciones, retorcidas lucubraciones; pero nada lo liberará de su desconcierto, sino que, por el contrario, se enredará más en el amasijo de sus pensamientos, al punto de creer que se vuelve loco. Porque la locura no es ausencia de razón sino ausencia del otro, de quien al afirmar o negar nuestros asertos nos da la medida de nuestra propia razón.

Un hermético silencio es una opción a considerar seriamente, no cabe la menor duda; pero también, a decir verdad, nos disgusta el papel de simples observadores. No quisiéramos que nuestro interlocutor lo interprete como una exhibición de arrogancia o superioridad de nuestra parte, como si estuviéramos de vuelta de todo; cuando no es así, ni mucho menos. Cuánto más honesta y deferente, en todo caso, resulta la actitud opuesta, que consiste en hablar, en hablar de cualquier cosa, hasta por los codos, sin temor a cometer desatinos o a quedar como unos charlatanes. Además, soltarse a hablar, con calor y convicción, aunque sea sólo para decir lugares comunes o barrabasadas, transmite una verdad vital que no tiene el gélido silencio. El que no teme decir lo que le viene en gana; el que defiende su punto de vista a capa y espada; el que golpea la mesa con el puño para hacer valer sus opiniones, éste posee una fe en la palabra que compensa su posible falsedad o superficialidad (sea

dicho sin pizca de ironía); manifiesta una vitalidad que supera las vacilaciones de quienes callan o se afanan por encontrar la palabra justa, que por lo demás no existe.

El problema con esta opción, sin embargo—un problema concreto en este caso particular—, es que posiblemente nuestro torrente verbal no cause una impresión favorable en X, sino más bien al contrario. Él, que es tan parco y ponderado, podría sospechar que tantas palabras son sólo una cortina de humo para ocultar nuestra indignidad intelectual. Y si es así, nos observará por encima del hombro, sin interés alguno, sabiendo que representamos el papel de charlatanes, que buscamos resolver la dificultad de una primera entrevista de la manera más deleznable que cabe: echando por tierra, de antemano, cualquier expectativa que pueda suscitar nuestra presencia.

En suma, realizar esta entrevista presenta tantas dificultades que por momentos nos tienta la idea de no realizarla. Quizás, después de todo, sea mejor quedar como una promesa en la conciencia de X, como un fantasma que se asoma por una esquina luminosa y enseguida desaparece. Que él se imagine más de lo que somos o tanto como a veces nos imaginamos ser. Dejarlo todo a recaudo de una mera suposición, de eso que hubiéramos podido decir: esas frases inteligentes, esas objeciones perspicaces y precisas, esa afabilidad de persona culta, ese aplomo de una conciencia moral en orden, que no le debe nada a nadie. En suma, todo aquello que haría presagiar un encuentro memorable o el comienzo de una entrañable amistad. Si no acudimos a la cita, no sólo permanecerá intacta la expectativa que X tiene de nosotros sino también la que nosotros tenemos de él (pues nada nos asegura que colmará nuestras expectativas). Y cuando la próxima vez nos crucemos en la calle, su saludo no significará una tácita despedida sino la ilusión de una futura cita. ¿No se preservan mejor las ilusiones cuando no las cotejamos con la cruda realidad?

Claro que si no vamos echaremos por la borda esta magnífica oportunidad de conocerlo. Una oportunidad única, nada fácil de

conseguir, y a la que pocos han tenido acceso. Tampoco es desca- bellado pensar que las cosas tomen un giro más auspicioso de lo esperado. A lo mejor, X nos abrirá su alma de par en par, como se acoge a un interlocutor largamente esperado. ¿Por qué no imaginar que en el calor de la conversación se anime a descorchar una bote- lla de su mejor vino y se explaye con nosotros sobre temas diversos, y que nosotros lo secundemos, ya sin temor a cometer desatinos o a decir banalidades? Y si todo va tan bien, tal vez lleguemos a un cabal entendimiento, más allá de los previsibles desacuerdos, tan naturales por lo demás. Acaso él nos confiese que somos los únicos que hemos sabido calarlo a fondo y nos diga que le devolvemos su fe en la comunicación, en el conocimiento del otro. Ésta es una posi- bilidad remota, claro está; pero, ¿por qué no darse el gusto de ima- ginarla?

Iremos pues. Iremos porque no ir es un gesto tan pretencioso como guardar un hermético silencio, además de ser la más infantil y cobarde de las opciones: no atreverse a exponer nuestras ideas a los cuatro vientos por temor a que no resistan la prueba de la realidad. Iremos para no defraudar la expectativa que nos hemos hecho de poseer una mente abierta, capaz de tolerar el error y las con- tradicciones. ¿Acaso no hemos sido siempre nuestros más exigentes interlocutores? Se nos ocurre además que si en vez de especular sobre todo lo que podría suceder en esta entrevista, pudiéramos contarle a él las dudas que nos paralizan, las dificultades insuperables que entrevemos, acaso nos comprenda y confiese que le pasa exactamente igual. ¿No nos hemos perdido todos, alguna vez, en laberintos interiores? ¿No hemos vuelto una y otra vez sobre nues- tros pasos? Entonces, ya conscientes de que nos apoyamos sobre la misma plataforma de incertidumbre, nos entenderíamos como debe ser, como individuos que saben que las cosas de este mundo no están pintadas en blanco y negro.

Aunque tal vez no sea lo más conveniente empezar mostrando dudas o flaquezas. Él podría ser implacable con nosotros si pro-

cedemos así, y con razón. No hay cosa que seguramente lo saque más de sus casillas que ver a alguien naufragar en un vaso de agua. ¡Qué ridículas tantas consideraciones, tantos obstáculos para realizar un sencillo encuentro! Él no quisiera verse envuelto en absurdas conjeturas ni ser paño de lágrimas de nadie, y menos de nosotros, de quienes espera una discusión abierta, sin trincheras ideológicas; una conversación que no se pare en un quítame estas pajas, sino que sepa ser, al mismo tiempo, profunda y sutil, clara y compleja.

Iremos pues sin ningún plan preconcebido, sabiendo de antemano que cualquier dirección que tome nuestra charla no será enteramente satisfactoria para él, ni tal vez para nosotros. Iremos convencidos de que nos separan más cosas de las que nos unen; pero lejos de hacer espectáculo de esta carencia, seremos realistas y nos despojaremos de expectativas irrealizables, de la ilusión de acuerdos o entendimientos absolutos. Acudiremos a la cita con espíritu ligero, sin cuidarnos de lo que pueda o no suceder en ésta.

Pero si es así, si nos convencemos de que todo hay que tomarlo más a la ligera, podríamos decirnos también, con la misma lógica, que no vale la pena ni siquiera acudir a una cita con X. ¡Y qué más da!